

No obstante, el hecho de que un proyecto sea socialmente rentable no asegura que la mejor forma de implementarlo sea a través de una APP. En efecto, la conveniencia o no de implementar un proyecto socialmente rentable mediante una APP dependerá de cuánta eficiencia se asignen los riesgos asociados a este; es decir, que los riesgos sean asignados a aquella parte que está en mejor capacidad de asumirlos o para la cual hacerlo resulta menos costoso.

En Europa, durante los últimos años, se ha venido desarrollando y perfeccionando una herramienta de evaluación denominada «comparador financiero del sector público». El objetivo de esta herramienta consiste en comparar el costo real –corregido por los riesgos que retiene el Estado– de llevar a cabo un proyecto a través

de la modalidad de obra pública, cotejándolo con los costos de transferir el proyecto y parte de los riesgos al sector privado. De resultar los costos más la cuantificación de los riesgos que asumiría el Estado con la APP menores que los que asumiría con la modalidad de OP, procedería la iniciativa de APP. De lo contrario, lo aconsejable sería implementar el proyecto mediante una OP.

En el Perú, herramientas como la descrita aún no se han desarrollado. Consideramos que resulta imprescindible que el «comparador financiero del sector público» sea utilizado en los futuros proyectos de APP, con el fin de asegurar que la distribución de los riesgos involucrados en los contratos de concesión redunde en la provisión de los servicios públicos al menor costo para la sociedad.■

A PROPÓSITO DEL 8 DE MARZO NOTAS PERSONALES SOBRE EL FEMINISMO Y LA NOSTALGIA

Maruja Barrig

Profesora del Diploma de Estudios de Género PUCP

No nos cambiábamos por nadie al iniciar 1980. En los años anteriores, una feliz confluencia de movilización popular, militancia partidaria de izquierda, Teología de la Liberación, lucha contra la dictadura (de ese entonces) había impulsado a la Izquierda Unida como la segunda fuerza del país. Fundamentalmente, creíamos, se había generado un cierto sentido común sobre algunos acuerdos básicos como justicia social, solidaridad, socialismo. Después pasó lo que todos sabemos. Socialismo fue sinónimo de terrorismo y hasta el diccionario sociopolítico trocó y adoptó las frases de «tejido social», «participación ciudadana» y «governabilidad democrática» (¿cuán democrática puede ser la gobernabilidad?).

Lo anterior pareciera no venir al caso con el feminismo, el 8 de marzo y los estudios de género, pero sí. Tiene que ver con el «exitismo», en este caso, feminista.¹ Años atrás, hasta las militantes habían logrado convencer a sus líderes máximos que preocuparse por «el problema

de la mujer» no era dividir a la clase obrera, sino continuar las viejas tradiciones: recordar que don Federico (Engels) ya había asegurado que la mujer era al varón lo que el proletario al patrón, sin olvidar a Lenin y Clara Zetkin y demás.

Luego vino todo este asunto de las ONG feministas, y los grupos de autoconciencia y nos habíamos amado tanto. Algo fue saliendo de todo esto. Redes de activistas en América Latina; libros que se prestaban, ajados o fotocopiados, pero circulaban. Desfiles en las calles, las flores, las poetas. Cómo olvidar los Encuentros Feministas y sus feroces tensiones. Había un cierto idealismo en esta «misión civilizatoria» frente al mundo patriarcal, una gran dosis de candorosa audacia (Carla Lonzi, una feminista italiana, tituló su libro *Escupamos sobre Hegel*). Ingenuidad quizá, pero pasión definitivamente.

Las mujeres hacían tanta bulla en tantos países que ni el Sistema de Naciones Unidas pudo obviarlas. Y entonces los derechos humanos (Viena 1993), la salud sexual y reproductiva (El Cairo 1994) y la condición de la mujer (Beijing 1995) fueron discutidos buscando derechos mínimos para todas las mujeres en todo el planeta. Pero

1 Así bautizó la abogada Susana Chiarotti al ánimo vencedor del movimiento de mujeres a inicios de la década de 1990.

Nuevas palabras como *lobby* y *advocacy* se agregaron, empujando al margen al *patriarcado*, al *mi cuerpo es mío* y a *democracia en el país y en la casa*.

los planes de acción de esos eventos no eran *vinculantes*. Eso tuvimos que aprender: la jerga del sistema internacional. Nuevas palabras como *lobby* y *advocacy* se agregaron, empujando al margen al *patriarcado*, al *mi cuerpo es mío* y a *democracia en el país y en la casa*.

Al comienzo, como que ese desplazamiento no importó mucho. Algunos frutos de un trabajo de hormiga, casi de apostolado, habían colocado en la agenda pública la violencia contra la mujer y una ley había sido promulgada. Los organismos internacionales y sus socias locales se interesaban ahora por el *género*; las universidades tenían curiosidad sobre qué era eso, y hasta el presidente de la República se preocupaba por la autonomía de la mujer (aunque simultáneamente encarcelara a su esposa en Palacio de Gobierno).

Los temas feministas eran y son complejos. Aluden a un tinglado legal, pero también –si se permite la nostalgia– a la acumulación del capital, al cuerpo y la sexualidad de la empresaria exitosa, de la campesina de Paruro y de la asháninka. Y entonces, estas complejidades abrieron el vasto campo de las especialidades: las médicas y abogadas son las autorizadas para discutir sobre aborto (bueno, en realidad, las abogadas sobre casi todo); las sociólogas sobre la globalización, la política, la socialización, y así sucesivamente. Porque en los noventa ya no fueron suficientes el compromiso y la pasión. Había que «saber», argumentar, debatir, convencer a otro –congresista, ministro, funcionario de organismo bilateral o multilateral o de ONG– renuente al feminismo, pero aquiescente a la perspectiva de género. Así, como no es posible cercenar una apuesta política de un marco teórico, nos pusimos el traje sastre sobre la blusa de algodón de la India y el collar de perlas encima de las chaquiras. Tan camufladas hemos estado –de ahí que la ecuatoriana María Cuví haya acuñado el término «tecnócratas del género»– que cuando, con inocencia quinceañera, una afirma su convicción feminista entre colegas «nada que ver», algunos dan un respingo de sorpresa. Hagan la prueba.

El otro empeño fue la «influencia en políticas». Fuimos para allá porque había que estar en todo, por si a alguien se le olvidaba agregar «equidad de género» en los antecedentes de la ley o en el pronunciamiento. Pero

además, solo dos años después de conceder amnistía a violadores de derechos humanos y asesinos, en 1997 el presidente de la República había aprobado la Ley de Cuotas. Para allá también fuimos, con la exaltación que la politóloga Sonia Álvarez calificó de entusiasmo por la política y olvido de lo político. No estoy negando la importancia de las leyes, pero quizá sí reclamando un poco más de realismo. Como se dice *in vulgaris*, el Perú no es Suiza; peor todavía, el Perú (ese que limita por el sur con las playas de Asia, por el norte con el aeropuerto y por el este con La Molina) no es el Perú en todos lados. Si no, pregúntele sobre la Ley de Igualdad de Oportunidades a la campesina de Pampamarca a quien su vecino comunero le paga tres soles por jornal cuando a los hombres les paga cinco, o pídanle a la señora de Paucartambo que les cuente cómo le fue en la comisaría cuando denunció a su esposo por golpearlo.²

El «exitismo», pues, se va decantando de a pocos. Cuando los partidos políticos le sacan la vuelta a la Ley de Cuotas, los jueces a la Ley contra la Violencia y los voceros confesionales a los derechos sexuales y reproductivos. En qué mundo vivíamos cuando nos confiamos

que porque el documento final –no vinculante– de una conferencia internacional escribía *género* sin corchetes ya habíamos ganado. La reacción conservadora vino con todo. De la mano de la economía y el mundo globalizado, retrocedimos a la caverna del fundamentalismo, el de Bush y el de Osama, también.

Para terminar, tres anécdotas personales recientes. Las egresadas del diploma de Estudios de Género (2006), empeñadas en publicar un boletín, me entrevistaron sobre el feminismo. El desconcierto fue mutuo. Cómo podría responder sobre cuál es la posición y la agenda actual del feminismo peruano o por qué las feministas no se preocuparon por las campesinas y qué es el movimiento feminista, ¿existe? «No se envejece en la barricada o se envejece mal», aseguró la feminista francesa Françoise Collin. Balbuceé e improvisé respuestas (itenían una página A-4 llena de preguntas!) hasta que

2 Hoy, domingo 24 de febrero, el diario *La República* consigna que según la Inspectoría General de la Policía Nacional, en los tres años que van del 2004 a 2006 se han registrado 3.355 casos de violencia familiar protagonizados por policías. Si les tocara recibir una denuncia de una mujer golpeada, ¿cómo la atenderían?



Y comencé a responder «No sé» y fue más fluida la confesión de intuiciones antes que de certezas

la honestidad me venció y comencé a responder «No sé» y fue más fluida la confesión de intuiciones antes que de certezas, que no sé muy bien dónde se me fueron en estos últimos años. Pero quizá sí una certidumbre: escuchando a estas jóvenes inteligentes, informadas y asertivas,

supe que tenían un camino más ancho que el sendero de herradura que tuvimos a su edad las mujeres clase-medieras de mi generación; y quizá muchas de nosotras algo hicimos para que esto fuera así.

La segunda historia parece contradecir a la anterior. Un curso de actualización para catedráticos de ciencias sociales de universidades de otras provincias, que reunió una treintena de hombres y mujeres, incluyó una sesión sobre el género y el patriarcado inserta en el tema específico. Dejando la pasión en la puerta y con Charttejee en una mano y PowerPoint en la otra, pensé que no había pierda. No se tocarían temas «sensibles» (*valóricos*, los llaman los chilenos) pero parecía inevitable hablar de las indígenas y la familia en la consolidación de cultura e identidades. Hubo de todo, como en la viña del Señor. Pero al costado de un tercio silencioso y de otro aparentemente cómplice, el tercio recalcitrante arremetió: ¿las feministas y las teóricas del género pretendíamos acaso destruir a la familia? ¿No era simple comprobar que los escolares de hogares nucleares (quiso decir biparentales) rendían mejor que los de hogares desestructurados y disfuncionales? ¿Por qué negar la complementariedad andina y el papel de las indígenas en la cultura? Y una de las asistentes aseguró que las mujeres que se creían listas e iban demostrando lo que sabían, no eran tan listas

como las que se hacían pasar por tontas para conseguir lo que querían. Uno de los organizadores no ocultó su sorpresa ante el desfase entre el nivel académico del grupo y su rechazo para pensar que otros arreglos de vida son posibles.

Es que eso es difícil cuando del poder se trata. Aunque no tan recientemente, en la comunidad campesina de Ccarhuahurán, en Huanta, entrevisté a sus dirigentes sobre la labor de una ONG que estaba evaluando. La ONG había realizado talleres de capacitación con las comuneras sobre la Ley de Violencia contra la Mujer, lo cual, en opinión de los campesinos, originó «conflictos» en sus comunidades: «Hemos tenido problemas», aseguraron. «Un grupo de señoras dijeron que ya sabían sus derechos; las mujeres querían separarse y *no les gustaba que les pegaran*. Nosotros [dirigentes comuneros] planteamos [a la ONG] trabajar en forma armónica. Porque a las esposas ya no se les podía ni tocar. Cuando las señoras ya conocen sus derechos, ya se creen totalmente *intocables*» (el énfasis es mío).

La armonía reclamada por el comunero no dista mucho de la de los catedráticos universitarios. La incomodidad ante el posible resquebrajamiento del statu quo requiere un llamado al orden establecido, donde cada uno se mantenga en su lugar, sin quejas ni murmuraciones. La pareja, la sexualidad y la familia, en ocasiones los últimos recursos de certezas personales y siempre el *locus* de lo político, para retomar a Álvarez, asoman como el más duro hueso del poder. Vamos allá. ■

La pareja, la sexualidad y la familia, siempre el *locus* de lo político, asoman como el más duro hueso del poder.